

Cinco peldaños

*Para Alberto Mandi,
que sufrió en carne propia
algunas de las cosas que aquí se cuentan.*

Saoul se descalzó su bota derecha y extrajo de su interior algunos billetes sucios y arrugados, que el hombre que lo acompañaba recibió como recién salidos de la fábrica de moneda. Antes de que pudiera volver a guardar los pocos que le sobraron, el guía le ofreció una escalera a cambio de veinte mil francos. Después de hacer unos cálculos rápidos, Saoul aceptó la oferta. El guía desapareció entre la maleza mientras el muchacho trataba de reunir el dinero, rebuscando en los escondrijos que había preparado en los forros de sus ropas. Veinte mil francos, al cambio, eran apenas treinta euros, pero, para él, una pequeña fortuna. De cualquier forma, miró al horizonte y mostró por unos momentos sus dientes blanquísimos en una amplia sonrisa. Al frente, apenas a una hora de camino, las luces de sodio que recorrían la línea fronteriza dibujaban, para él, el más hermoso de los amaneceres.

La escalera prometida parecía sacada de una pesadilla: apenas dos ramas sarmentosas entre las que alguien había malcruzado cinco más pequeñas, sujetándolas con alambres y tiras de caucho recortadas de cámaras de neumáticos. Nada más recontar el dinero al escaso resplandor de la luna menguante, el guía deseó suerte a Saoul y se esfumó en la oscuridad.

En cuanto se vio solo, el muchacho –apenas diecinueve años– sintió que un escalofrío le recorría la espalda. En absoluto sentía miedo. Casi tres meses de camino y de noches al raso desde que salió de su aldea, lo habían enseñado a reconocer una amenaza y a enfrentarse a ella, aun cuando se encontrara en el más profundo sueño. Era un escalofrío de victoria, de vértigo ante la inminencia de su triunfo. El resplandor anaranjado al pie de la colina así se lo anunciaba.

Saoul notó que no estaba solo. Aunque no pudiera verlos –los guías que preparaban los asaltos elegían noches oscuras, para que los *morenos* sólo fueran visibles al salir del bosque– sabía que otros como él se preparaban entre los árboles. Puso la escalera paralela al suelo y enfiló el apenas perceptible camino que alguien había abierto ladera abajo. Agradecía que, de cuando en cuando, le adelantara alguna sombra, confirmándole así que iba en la buena dirección. Caminaba despacio. Al atravesar el desierto de Mauritania, poco antes de entrar en Argelia, una mordedura de víbora le había producido una infección que todavía le obligaba a andar cojeando. Si tenía que correr, prefería dejarlo para los últimos metros.

Hacia el final del descenso, el camino se abría en un claro. Cuando llegó, a pesar de que habría allí, al menos, una cincuentena de hombres y todavía continuaron llegando algunos más, lo recibió un silencio sobrecogedor. Unos, sentados en el suelo, trataban de reforzar sus escaleras imposibles; otros se liaban trapos y tiras de tela en las manos, para soportar el zarpazo del alambre de espinos; a algunos, la impaciencia les obligaba a permanecer de pie, caminando en círculo; pero ninguno hablaba.

Uno de los hombres, que había estado dormitando junto a un árbol, se levantó y Saoul ocupó su puesto. Puso ante sí la bolsa de tela que le había dado su madre cuando

partió y buscó en ella un puñado de pasas y dátiles que había guardado durante todo el viaje. Quiso comerlos lentamente, para que no le hicieran daño, pero le resultó imposible. La ansiedad y el hambre le obligaron a tragarlos casi sin masticar. Después, se remangó el pantalón, descubrió la herida y limpió el pus que le rezumaba con el mismo vendaje, que sustituyó después por otro, algo más limpio. Caminó algunos pasos y, una vez comprobó que había quedado bien firme, continuó pertrechándose: se puso toda la ropa que llevaba en la bolsa para intentar que las púas no le abrieran la piel, se colocó unos guantes de lana inútiles contra el acero y, tomando de nuevo la escalera, abandonó el claro.

La claridad de las luces fronterizas se filtraba con comodidad por entre los árboles que formaban la linde y permitía distinguir las siluetas de los primeros que, apostados tras los troncos, esperaban la señal para el asalto. Casi todos portaban escaleras, tan surrealistas como la de Saoul.

- *¡Dix minutes! ¡Dix minutes!*

El susurro, iniciado por los veteranos, por los que ya lo habían intentado dos y hasta tres veces, se extendió como el fuego por la arboleda. Sin que nadie diera consigna alguna, los que llevaban escaleras se repartieron por la primera línea y esperaron. Sabían que ellos iban a ser los primeros, pero no habría segundas oportunidades: si fallaban, los que venían detrás los aplastarían. Saoul también era consciente de ello y entretenía la espera colgándose de cada uno de los cinco peldaños para comprobar su solidez. Ante él, la kilométrica serpiente de acero, coronada por una maraña de alambres de espino que separaba a capricho la vida de la muerte, se erguía ufana, desafiante, bien custodiada desde las torres de vigilancia. Eligió un punto de la misma, algo escorado a la derecha de donde se encontraba, señalado con un letrero que, irónicamente, prohibía el paso.

Sabía que el asalto era inminente. Miró al cielo. Un jirón de nube tapó durante unos instantes la poca luna visible, pero pasó de inmediato. El muchacho recordó su aldea, a su madre y a sus hermanos pequeños. También a su padre, a quien un día se llevaron y jamás volvió a ver. La garganta se le anudó. Tragó saliva. Volvió a mirar arriba, rezó a Dios y le pidió que lo dejara entrar, porque ya había sufrido demasiado. En ese momento, el griterío comenzó y una estampida de desesperación se lanzó contra la valla. Los reflectores de las torres se iban iluminando a medida que los guardias reaccionaban y empezaron a escucharse algunos disparos que los informes calificarían después como "intimidatorios".

Saoul corría con la escalera por delante, con la vista fija en el letrero, pero podía darse cuenta de que algunos habían tropezado y eran pisoteados por los que venían detrás. También podía oír los quejidos de los que ya habían conseguido llegar a la valla y sentían las tarascadas del espino. La herida de su pierna le gritaba que ella también estaba allí y se aferraba al suelo, obligando a Saoul a arrastrarla por momentos, sin dejar de correr. Diez metros. Cinco. Tres.

Los extremos de la escalera impactaron contra la valla y el muchacho empezó a trepar. Los escasos segundos que duró la escalada se estiraron hasta lo imposible. Como si estuviera dentro de un mal sueño, en el que el aire se espesara como gelatina y ralentizara todos los movimientos, se vio poniendo el pie derecho en el primer peldaño, para que el peso del cuerpo descansara sobre la pierna sana, en el de más arriba. La

corriente de dolor que se le instaló en el cerebro le hizo levantar el pie y buscar a tientas el tercer peldaño, en el que volvió a apoyarse, desoyendo los latidos provenientes de su pierna herida, que amenazaban con desmayarlo. Tal vez la rama estaba demasiado seca, tal vez pisó en el sitio equivocado o quizás sólo fuera una mala pasada del destino, pero cuando apoyaba el pie izquierdo en el cuarto travesaño, oyó un chasquido y sintió cómo la escalera se iba abajo.

Instintivamente, sus dedos se aferraron como garfios a la alambrada y pataleó con desesperación hasta que sintió de nuevo la estabilidad necesaria para continuar trepando. Tiró la bolsa hacia arriba, hacia los espinos, para utilizarla como apoyo en el salto y se agarró a ella. Uno de los nudos del alambre le atravesó limpiamente el guante de lana y se le incrustó en la palma de la mano. De inmediato notó la cálida sensación de la sangre y por un instante pensó en abandonar, en dejar que todo acabara, pero, al siguiente, tomando impulso, se dejó rodar sobre las púas, que desgarraron sus ropas y sus tejanos y saltó.

Una marea infinita de dolor le nubló la vista en cuanto tocó el suelo y supo que se había fracturado algo en la zona del hombro izquierdo, pero también supo que, por fin, estaba en España. Echó a correr. Amanecía. ■

Gregorio Sánchez Raya

